



La Lectura Popular

AÑO XVII

Orihuela 15 de Marzo de 1899.

Núm. 374

Carta á un incrédulo

Mi querido gazzápiro: la paz sea contigo, si es que contigo puede haber paz.

Tu carta me ha dejado patidifuso. Me escribes para decirme que *no crees en nada*, y me invitas á que te conteste para probarte que *hay algo*.

Pues, hijo, me pones en un apuro.

Figúrate que un ciego de nacimiento se empeñase en negar que hay luz, y en que tú le probases lo contrario.

¿Qué harías? No lo sé; pero desde luego empezarías por soltar la carcajada.

«¡Pero, hombre! — exclamarías — ¿está usted en su juicio? ¿Se atreverá usted á negar el sol porque no lo vé? ¿No está usted oyendo hablar de él á cada instante desde el día en que nació? Pase que pusiese usted en duda la existencia de ese astro si solo hablasen de él los astrónomos y los fabricantes de almanaques, gente toda que miente mucho; pero, hijo mio, si del sol hablan hasta las ratas, y no las de hoy ni las de ayer, sino todas las ratas habidas y por haber desde que el mundo es mundo.... ¿Es posible, pues, que usted crea que todos se han equivocado, menos usted, y que lo del sol es una broma? ¿Qué vale la opinión de usted comparada con la de tantos millones de inteligencias? ¿No es más racional suponer que usted es el que se engaña, y no que se engañan los demás?»

Por otra parte, si no hay luz, ¿para qué se han hecho los ojos? Si no hay luz, ¿por qué se habla tanto de ella? Si no hay luz, ¿por qué siente usted tanta tristeza de hallarse á oscuras? ¿Cree usted que la naturaleza puede haber dado al hombre necesidades y deseos sin objeto que pueda llenarlos? Valdria tanto como suponer que hay ojos para no ver, y brújulas que buscan el Norte, sin que haya Norte que atraiga esas brújulas.

No, pobre ciego; la luz existe clara y muy clara; si usted no la ve, es porque

está usted enfermo de la vista.»

Esto es lo que le dirias al ciego; ¿no es verdad? Pues esto mismo te digo yo á tí.

Me contestarás que tú no eres ciego.

Es verdad: no eres ciego del cuerpo, pero lo eres del alma, y por eso de tejas arriba no ves una palota.

Mas porque hayas perdido la fe, que es la vista del espíritu, no has perdido el sentido comun, que es la vista del entendimiento. A este apelo, pues, para hacer-te reflexiones, diciéndote lo que tú decias al ciego.

—«¿Crees tú ser el más sabio de los hombres? ¿Crees que todos se han engañado menos tú? ¿Has podido forjarte la ilusión de que solo tú y los poquísimos que piensan como tú (tan pocos que apenas son, comparados con la humanidad, como un grano de arena comparado con el mundo,) ¿has podido forjarte, repito, la ilusión de que sois los únicos que tenéis razon, y que habeis descubierto algun secreto negando que hay Providencia?»

Pues os habréis lucido si eso fuese verdad.

¡Famoso descubrimientol

¡Ay entonces de los pobres, de los débiles, de los desgraciados! ¡ay de los que necesitan apoyarse en la caridad ajena! ¡ay, por otra parte, de los justos y de los que se sacrifican por cumplir con su deber! ¡ay de los misioneros, de los mártires, de las Hermanas de la caridad! Toda esta raza de santos, cuya vida es la esperanza, se acabaría como luz sin aceite.

No tendría razón de ser, ¿Para qué? Serian unos tontos.

Los únicos sabios serian entonces los egoistas, los ladrones, los tiranos; estos serian los hombres de la civilización, los santos de la nueva época. Y ¿no te da gana de reir tanta barbaridad?

Pues, hijo, no hay tu tia; no habiendo mas vida que esta vida, no habiendo más premios ni castigos que los de este mun-

do, sería la más solemne de todas las torpezas no pasar bien la vida propia, aunque para ello fuese necesario acabar con la ajena. En una palabra, que la virtud seria una tontería, y la picardía un mérito.

¡Oh, qué bello cuadro presentaría el mundo ¡Los mortales comiéndonos unos á otros!

Pues este es el cuadro que se proponen pintar los que piensan como tú, grandísimo borrego.

Dejo ahora á tu consideración si pueden ser sanos y verdaderos unos principios que conducen á tan bárbaros fines.

Desengáñate: luz que produce tinieblas, no es luz; verdad que produce absurdos, no es verdad. La verdad y el bien, como la luz y el calor, van siempre juntos. Si esto no te convence, vé á que te convenza tu abuela.

Pero no, no vayas, que aun me queda que decirte una cosa. Te voy á contar un cuento nuevo: se titula *La Rabadilla de don Romualdo*; es muy chocante.

Pues, señor: D. Romualdo era un hombre así como tú, librepensador, muy librepensador; incrédulo, muy incrédulo; suscriptor entusiasta de *Las Dominicales*, de *El Motin*, de *El Trueno*, etc., etc.; en fin, era lo que se llama un filósofo que profesaba la filosofía del pesebre. Pero es el caso (¡oh lástimal!) que el pobre señor padecía una grave enfermedad, la *tontitis*: una especie de terciana de cabeza que suele atacar á los viciosos y descreídos el día que se les suben los vicios á la mollera y se les bajan las dudas al corazón.

En D. Romualdo esta dolencia era muy grave; así es que, con toda su filosofía, resultaba un hombre completamente ridículo. Yo le llamaba *el Confuso*, porque nunca sabía á qué carta quedarse.

Un día tropecé de manos á boca con él y, sin saber cómo, entramos en polémica. El pobre aquella tarde estaba triste: tenía el *hipocondrio filosófico*. (*Tontitis triste* de Tröuseau)

—Don Romualdo—le dije con toda la sorna posible,—¿cómo vamos de filosofía? ¿Ha descubierto usted ya la estrella adonde iremos á parar cuando estiremos la pata?

—No se burle usted—dijo el hombre procurando ponerse grave.—Realmente es doloroso pasar la vida ignorando nuestro futuro destino.

—Usted lo ignorará, que yo no lo ignoro, ni en mi casa lo ignora ninguno de mis chiquillos; porque, como ya saben leer, han aprendido la doctrina cristiana.

—Y ¿quién me dice á mí que es verdad lo que escribe la doctrina cristiana?—saltó D. Romualdo con enfática soberbia.

—La Iglesia.

—Y ¿quién me asegura que la Iglesia está en lo cierto?

—La razón *iluminada por la fé*.

—En esa materia mi corazón no ve nada.

—Porque lleva el farol apagado.

Don Romualdo empezó á cargarse.

—Déme usted fuego para encender ese farol—dijo creyendo ponerme en un apuro.

—No hay inconveniente; adquiera usted el pedernal de la *honradez*, y golpéelo con el eslabón de la *piEDAD*; ya verá usted como saltan chispas: todo será caso de aprovecharlas.

Don Romualdo quiso contestarme, pero no le dejó la pícaros.

—Desengáñese usted, D. Romualdo: el sol de la tierra no sirve para ver las cosas del cielo. Para descubrir las cosas de por allá necesita la razón otra clase de luces, y esas luces no se compran con dinero como los fósforos del estanco; hay que pagarlas á peso de abnegación cristiana, de pureza y de sacrificios.

—Pues no son baratas—exclamó D. Romualdo, á quien le hizo efecto la comparación—Sin embargo, yo no tendría inconveniente en adquirirlas: pero... ¿qué quiere usted! Me falta algo; quisiera encontrar antes alguna razón más clara para decidirme á hacer el sacrificio. ¡Oh! continuó el filósofo dándose una fuerte palmada en la frente, que sonó á calabaza hueca. ¡Si usted supiera las contradicciones que se agitan en mi cerebro! Hay días que llego á creerme que ustedes los *fanáticos* tienen razón, y ese día me decido á ser otro hombre. ¡Ea! digo entre mí: Romualdo, déjate de botellas, y de comilonas, y de picardías; á cambiar de vida y á no darle más disgustos y la Fernanda. Porque ya sabe usted que mi mujer es también algo *fanática*, y como la pobre me quiere, y sabe que,

observando buen método, no me da el maldito dolor que padezco en la rabadilla.

—¡Ah! ¿Con que también padece usted algun dolor?

—Si, señor: padezco de dolor en la rabadilla. Pues, vamos, como le digo á usted, en esos días va bien la cosa; pero luego vienen otros, y digo entre mí: ¿Qué fanatismo es este? ¿Quién me asegura á mí que el catolicismo tiene razón? El hombre es libre y la vida es corta; puesto que no veo claro, dejémonos de tonterías: á divertirme, y truene por donde quiera. Y ese día me bebo diez botellas, y me como un carnero, y siguen los enredos, y... en fin, hasta que la Fernanda se in-comoda, y tiene razón, porque en seguida, á consecuencia del desarreglo, me da el dolor en la....

—Pero hombre—dije dándole un papirotazo en la nariz, en prueba de confianza—¿aun busca usted razones claras para decidirse á comprar fósforos?

—¡Caballero!—exclamó D. Romualdo sorprendido de mi excesivo buen humor.

—¡Pues, créaturo, si lleva usted la razón encimal

—¿Donde?

—En la rabadilla.

Al oír esto D. Romualdo quiso pegarme. Creyó que me burlaba de él, que me burlaba de sus padecimientos.

—Venga usted acá infeliz—le dije abrazándole para quitarle el enojo:—no trato de burlarme de usted, sino de demostrarle su torpeza. Acaso para distinguir la verdad del error y lo bueno de lo malo, ¿necesita usted otra cosa que mirar sus efectos? Los alimentos, ¿no se conocen por el sabor?; las flores, ¿no se conocen por su aroma?; el árbol, ¿no se conoce por sus frutos? pues del mismo modo, la *verdad* y el *bien* pueden distinguirse perfectamente por los efectos que producen en nuestro corazón. Usted mismo me acaba de descubrir el suyo pintándome lo que le pasa según andan sus pensamientos. El día que se vuelve usted del lado de la fé, ya piensa usted en seguida en reprimir sus pasiones y dominar sus vicios: entra usted en calma, renace la alegría en su espíritu y su cuerpo, y hasta su casa y su mujer, y sus negocios se ponen en orden, y todo va bien. Mas llega otro día; se dá usted un atracón de *Motín* ó de *Dominicales*; manda usted á pasear la fé de los *fanáticos*; se llena usted la cholla de *pensamientos libres*; los deja usted que se bajen al corazón: del corazón se van á los pies, y *eche usted jigos*, que decía el otro: todo se lo lleva el demonio, y la Fernanda se incomoda, y vuel-

ve usted á su casa con el consabido dolor. Pues, hombre, ¿que mas pruebas necesita usted? Para saber donde está la verdad póngase usted la mano en su pecho; ó mejor dicho, póngasela usted en la rabadilla.

Cuando miré á D. Romualdo después de esta perorata le hallé no se qué de particular. Me pareció pensativo, y ya no pude sacarle una palabra del cuerpo.

Diez minutos después nos separamos en silencio.

Al día siguiente, la casualidad me llevó á pasar por la puerta de cierto casino *librepensador*, especie de bebedero ilustrado, donde D. Romualdo y sus amigos adquirían la luz de la *ciencia libre* á beneficio de las obras salidas cada día de las bibliotecas de Jerez de la Frontera.

Pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando al pasar oí un gran escándalo, subí picado por la curiosidad, y encontré á nuestro hombre encaramado en una plataforma predicando á sus cofrades!

Era jueves, día de discurso según el reglamento, y desde el cafetín de la planta baja se habia subido la gente á oír al *blasfemador* de turno.

Pero se habian llevado un chasco solemne: don Romualdo, con la mano puesta en *salva la parte*, gritaba como un desesperado desmintiendo todas sus doctrinas del día anterior.

—Los principios—decía—en que se funda la *moral libre*, la *conciencia libre*, el *pensamiento libre*, no pueden ser verdaderos.

—¿Por qué?—gritaba una voz aguardentosa.

—Porque producen dolores en la rabadilla.

Una tempestad de silbidos ahogó la voz de D. Romualdo.

—¡Está loco!—gritaban unos.—¡Echadlo!—decían otros.—¡Fuera el neol! ¡se ha vendido á los jesuitas! ¡abajo! ¡matadlo!

—Defensores de la *libertad de la palabra*: dejad siquiera que me explique—gritó irónicamente D. Romualdo.—Yo no soy sabio, ni he estudiado mucho; pero por una casualidad he descubierto el secreto de saber la verdad en materias religiosas. Cuando no creo en Dios ni en la otra vida me entran tales ganas de pasar bien esta, que solo pienso en gozar, cueste lo que cueste; entonces veo que todo se trastorna á mi alrededor: mis hijos, mi mujer, mis empresas, mis negocios. Y no es eso lo peor, sino que, como soy viejo y tengo los muelles flojos, me trastorno yo también, y me da el dolor en la parte que os he dicho. Mas si, por el contrario, me ocurre un día cambiar de

ideas, y me persuado de que *arriba hay algo*, veo acto continuo que me entran ganas de ser hombre de bien, todo se cambia y hasta el dolor se me quita. ¿No es natural saque yo en consecuencia que, puesto que esto es bueno aquí está la verdad, y puesto que aquello es malo allí está el error?

—¡Que calle ese jesuita! —gritó un partidario de la *libre emisión de las ideas*.

—¡Que calle! ¡echadlo! —contestaron cien voces salidas de otros tantos defensores de la *libertad de la palabra*.

Y tras los gritos siguieron las amenazas, y tras las amenazas los platos y las botellas de los que habían subido allí á tomar café *con filosofía*.

Aturdido D. Romualdo, escapó como pudo de las manos de sus *correligionarios*.

Eché tras él y pude alcanzarlo.

—¡Es usted un héroe! —dije dándole un abrazo.

—¡Qué heroísmo ni qué ocho cuartos! Mi conversión no tiene mérito. He sido un bárbaro.

—¿Por qué?

—Porque he estado veinte años para resolver un problema, llevando la X en la rabadilla.

Don Romualdo tenía razón.

Si los hombres buscasen dentro de sí mismos, hallarían fácilmente la solución de los más grandes problemas.

Con ponerse la mano en el pecho hallarían casi siempre la verdad.

Póntela, amigo queridísimo y verás que pronto hallas lo que buscas.

Adios; aliviarse y mandar.

Tuyo afectísimo,

Matraca.

Por la copia.

ADOLFO CLAVARANA

Sección instructiva.

EL GRAN NEGOCIO

Todos los asuntos y negocios de esta vida deben subordinarse al negocio del alma, al de la salvación, de tal manera, que al desempeñarlos no los consideremos como desligados é independientes de aquel, sino relacionados con él tan estrechamente, que los miremos como medios ú *operaciones* (para seguir expresando en términos comerciales) para realizar, en su día, aquel último, supremo y definitivo negocio, el de la salvación.

Y ve aquí, lector, por qué no es indiferente que cada cual atienda á sus asuntos de este mundo como le parezca mejor, no debe atender á ellos *como debe*, esto es, tomán-

los como medios para ganar el cielo. De otro modo el comerciante robará, el abogado engañará á sus clientes y cometerá mil infamias é injusticias, y nadie cumplirá sus respectivos deberes, con lo cual, además de marchar mal la sociedad, reinando en ella el desorden, la anarquía, la injusticia, el mal, todos nos exponemos, y esto es lo peor, á sufrir la bancarrota final, á perder al fin de la vida el capital de la eternidad.

Negociemos de tal suerte en esta vida, que á la hora de la muerte nos encontremos íntegro en nuestras cajas (digo en nuestras almas) el conjunto de valores (digo, de buenas obras) que representan este capital, so pena de que á quien no presente en aquella hora limpios y reconocidos tales valores, lo declare en quiebra el supremo Liquidador.

De modo es que ya ves cómo este negocio de la salvación puede considerarse, como otro negocio cualquiera sujeto al fallo del tribunal de comercio; solo que como aquí es de más altos intereses el comercio, es también de más trascendentales consecuencias el fallo del Tribunal, el cual (fíjate bien en esto, que te importa) decreta también prisión contra los insolventes, y es prisión esta de la cual no se saldrá *hasta que no se paguen todas las deudas*; y como ciertas deudas ya entonces no se podrán pagar nunca.... ayúdame á sentir; los tales insolventes no saldrán nunca de su prisión.

Uno solo debe ser el negocio de la vida, el negocio de la salvación, aunque sean múltiples las operaciones que haya que verificar para realizarle. Así como el comerciante, según dijimos en el anterior capítulo, no escribe por escribir, ni visita por visitar, ni discurre triquiñuelas por el placer de entretenerse un rato discuriéndolas, si no que todo lo hace por el dinero, que es á lo que llama *su negocio*, así el cristiano debe hacerlo todo por su salvación procediendo por ella de una manera análoga á la del negociante terreno: Por su salvación ande el cristiano, hable, escriba, sufra, luche, ria, llore, padezca, goce; por su salvación sea militar ó fraile, literato ú obrero, capitalista ó mendigo, gobernante ó gobernado. Todo por su salvación, todo por el cielo, todo por *su negocio*, como el suyo, es decir, como por lo que él considera erróneamente el único negocio suyo hace todo lo que dijimos el negociante de la tierra. Trabaje el cristiano por su cielo, por su negocio, con ardor, con tenacidad, con perseverancia, arrastrando por él fatigas, sudores, incomodidades, hasta la salud, hasta la vida misma si fuere preciso, que esto será atender de veras á lo que importa, *al negocio*.

Y ve aquí por qué no puede decirse en buena lógica que atienden á su negocio esos hombres que trabajan y se afanan con ardor por los bienes de este mundo, descuidando ó despreciando los bienes celestiales. Esos hombres acumularán quizá, riquezas y riquezas, millones y millones, condecoraciones, títulos, honras, poder, dignidades, y llegarán, tal vez, rodeados de todo esto hasta

las mismas puertas del sepulcro, pero...? y después? Después, ó salvación eterna ó condenación eterna: no hay término medio en esto: ó feliz por toda la eternidad, ó desgraciado por toda la eternidad.

Del Apostolado Seglar.

SUETOS Y VARIEDADES

UN PREMIO A LA VIRTUD

EL PADRE JOSÉ

La Academia Francesa acaba de repartir los premios correspondientes al famoso legado Monthyon, celebrando solemne sesión pública en que se han leído los informes referentes á esa recompensa.

He aquí la historia hermosa y conmovedora del primer agraciado.

En 1870, cuando estalló la guerra, el padre José, que se había distinguido ya por su caridad en una pequeña parroquia de Ginebra, se alistó como capellán en el ejército francés, y pidió marchar á las avanzadas de Alsacia.

En Estrasburgo pasó días y noches en las trincheras, entre los soldados, y ganó bajo el fuego del enemigo la cruz de la Legión de Honor.

Cuando la plaza capituló, los prusianos le encontraron en las ambulancias y le detuvieron: el general, sin embargo, le ofreció la libertad, que él rehusó para ir cautivo con los prisioneros más humildes.

Acusado de espionaje por los vencedores, á quienes sorprendía tal abnegación, fué enviado á Ranstadt, vigilado de cerca y maltratado, hasta un día en que el arzobispo de Friburg, admirado de su obra de apóstol, le otorgó toda su protección.

«¿Quiere usted luchar otra vez con la muerte? le escribió un día el mismo prelado. La fiebre tifoidea hace estragos en Ulma: ya hay atacados dos mil de vuestros compatriotas, y no hay ningún sacerdote francés entre ellos.»

Algunas horas después el padre José llegaba á Ulma, donde permaneció nueve meses, día y noche, á la cabecera de los moribundos, sin querer reposo ni sueño.

Al mismo tiempo escribió á sus amigos de Francia, pidiéndoles dinero, vestidos, socorros de toda especie, para los que se libraban del contagio, pero á quienes atormentaban el frío y la miseria.

A su llamada, los donativos afluían como por milagro; distribuyó durante aquel invierno siniestro más de 300.000 francos!

Entonces la admiración se impuso á los mismos enemigos, que, viendo aquellos rasgos sublimes, rindieron tributo al denodado sacerdote, ofreciéndole la cruz del Águila Negra.

Pero él la rechazó, como antes había rechazado la libertad, pidiendo como única gracia que la emperatriz Augusta se dignase concederle una audiencia, y admitido ante la soberana, supo obtener de ella lo que se

había negado hasta entonces á las demás peticiones francesas: la repatriación inmediata de todos los prisioneros respetados por el tifus.

Más de veinte trenes, llenos de jóvenes soldados, salieron para las devastadas fronteras, y millares de franceses fueron salvados así por el sacerdote.

Acabada la guerra, el padre José marchó á encerrarse oscuramente en su pequeña iglesia de Ginebra, y consagró su actividad á los niños huérfanos ó errantes, que agrupó á su alrededor y recogió en su presbiterio.

Esto duró hasta el día en que la intolerancia religiosa le expulsó del territorio suizo al mismo tiempo que á monseñor Mermillot, su obispo.

Separarse así de todos sus hijos adoptivos le causó tal desesperación, que siguió sin reflexionar una idea heroica y loca.

Con su modesto patrimonio de unos 30.000 francos, compró en territorio francés, cerca de la frontera, una granja á donde reunió á sus protegidos.

Pero para alimentar á todo aquel pequeño mundo, que había acudido tan confiadamente á su llamada, nada tenía.

Entonces sin perder su serenidad, se multiplicó: dirigió súplicas, organizó predicaciones, cuestación de ofrendas, etc.

Veintidos años hace hoy que fundó con esa irreflexión admirable un Orfelitano de 150 niños, y nunca sus discípulos, renovados sin cesar, carecieron de lo necesario.

Por centenares ha recogido en el lodo de las grandes poblaciones seres abandonados, pequeños vagabundos, para convertirlos en pacíficos agricultores, ó bien misioneros, muchos valientes soldados también, y aun inteligentes oficiales del ejército.

«Todo esto—decía el encargado de hablar en nombre de la Academia—todo esto es muy admirable, y aun algo maravilloso, y es indudable que entre todos aquellos de quienes debo hablaros, el Padre José es el que ha realizado la tarea más fecunda.

La Academia, pues, ha procedido bien otorgándole la primera recompensa, de la cual el agraciado hará el uso piadoso que es de suponer.»

A donde vamos

Un alemán llamado Max Nordeaux ha escrito un libro de 1.200 páginas, en que estudia detenidamente lo que será la sociedad en el siglo que viene.

Si la sociedad no vuelve sus pasos atrás, he aquí el cuadro que representará el siglo XX.

Habrán en cada esquina clubs para el suicidio y asesinato mutuo. En las actuales tabernas se despacharán por copas éter y cloral, almizcle y opio, además de suministrar á los parroquianos inyecciones á precios módicos de morfina y de cocaína.

En cada esquina veránse fornidos mozos de cordel, que prestarán su auxilio á los pacientes que padezcan de agorofobia, ó sea—se—se miedo del espacio.

La irritabilidad nerviosa de los habitan-

tes de una población, no podrá tolerar el ruido de los coches sobre el empedrado, los gritos de los vendedores, los ladridos de los perros, ni los pianos de manubrio.

Los varones se vestirán con faldas y las mujeres con pantalones.

Rebajada la capacidad intelectual, la instrucción quedará reducida á dos horas diarias de lección, destinando el resto de la jornada á los ejercicios corporales.

Los espectáculos públicos durarán media hora, y se representarán sin telón, como en la antigua Roma los dramas de la lujuria y del crimen.

Habrán que suprimir los libros, y sólo podrá tolerarse la lectura de unas ligeras hojas de papel, con geroglíficos impregnados de perfumes.

Los criminales serán considerados como enfermos, y tratados con toda clase de atenciones y cuidados en Hospitales especiales.

El que ha escrito lo que precede es Max Nordeaux autor esceptico hasta la médula de los huesos y por consiguiente causante con los demás escritores é impios de su cuerda del estado de postración física y moral á que ha llegado la sociedad fin de siglo: es decir que estas gentes ven la criatura monstruosa que han engendrado y abominan de ella: pero sin querer confesar su paternidad.

¡Pobres ciegos!

TODO PASA

¡Cuál pasan de la vida los días y los años!

La rueda de los tiempos, con movimiento rápido, absorbe en su infinito del mundo los arcanos; y cruza cual fantasma, directo hacia su ocaso el hombre des que nace sin tregua ni descanso; y al fin de su carrera, lo mismo queda el sabio, que aquel que en la ignorancia contó sus largos años; lo mismo el pobre queda, que el noble potentado que no negó á su cuerpo el más leve regalo; y dichas y placeres, y penas y quebrantos, se pierden en el tiempo, cual humo disipados. Sólo una cosa existe que no borran los años, que son las buenas obras que el hombre ha practicado y el libro de la vida con indelebles trazos contiene: libro escrito por la divina mano. Feliz, quien, conociendo del mundo los engaños, desprecia sus placeres y esquiva sus halagos; dichoso aquel que, fija su vista allá en lo alto, no busca otro consuelo que el de su Dios amado, ni tiene otra esperanza

en medio de este caos, que la que el cielo ofrece, y gozan ya los Santos

X

PENSAMIENTOS

Quien dice lo que quiere, oye lo que no quiere (*Refran.*)

El que injustamente roba á su prójimo la fama, además de pecar, queda obligado á la restitución, bien que de diversos modos, según la diversidad de murmuraciones; porque nadie puede entrar en el cielo llevando los bienes de otro, y entre los bienes exteriores la fama es el más precioso.

(*San Francisco de Sales.*)

Mas mata una mala lengua
Que las manos del verdugo;
Que el verdugo mata á un hombre
Y una mala lengua á muchos.

BIBLIOGRAFIA

VENGA Á NOS EL TU REINO.—Conferencia leída en el Círculo Católico de Obreros de Murcia, en la velada del día 7 de Noviembre de 1897, por el Dr. D. José Jaen Martínez, Presbítero, socio de número de dicho centro, Catedrático del Seminario Conciliar de San Fulgencio, Capellán del Colegio de RR. de Jesús-Maria, y director de La Enseñanza Católica.

Este opusculito que recomendamos á nuestros lectores es una breve y sencilla disertación sobre verdades pertenecientes á nuestra santa religión expuestas en forma amena y con ilustraciones debidas al lapiz del Sr. Bustinza.

Puede adquirirse en la administración de La Enseñanza Católica de Murcia y su precio es de 20 céntimos ejemplar.

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

Rogamos á las personas que propagan nuestro periódico que no lo den solamente á leer á clases obreras, sino también á las ilustradas, pues para todos escribimos. Desgraciadamente las llamadas gentes de levita se hallan tan faltas de instrucción religiosa como las de chaqueta. (Y que nos dispensen nuestros tocayos de ropa.) Con ellos, pues, hay que ejercer la propaganda de las buenas ideas tanto como con el pueblo.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartales y octavos de acción.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10, y en las demás ciudades católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.